

Eduardo Marquina

Eduardo Marquina, el egregio poeta del futuro, que “abre los ojos e interpreta los signos”, es nuestro huésped desde hace algunos meses.

Su visita por lo que significa como contribución al conocimiento de este suelo y por los adormecidos impulsos de solidaridad intelectual que ciertamente reanima, ha sido recibida con demostraciones expresivas.

En tal concepto, al dar al ilustre visitante—“el más impecable artista de estos tiempos”—nuestro saludo respetuoso y cordial queremos decir algo sobre su obra, soberbio conjunto de monumentos líricos.

Marquina—“sabio, hábil ejecutante, profundo, misterioso, clamoroso, enfático, sencillo, confidencial con las flores, con las piedras, con los astros”,—es un poeta—todo luz y pasión—en quien la poesía adquiere una amplitud equivalente.

Surgido cuando la desaparición de dos columnas fuertes de la lírica española—Campoamor y Nuñez de Arce—hacía pensar en las angustias de la ausencia de verdaderos magos de la Lira, su talento poético, original y plétórico, impuso muy pronto su doble personalidad calurosamente elogiada por Darío, el cual al consagrarlo en una correspondencia aparecida en “La Nación”, dijo que era un gran poeta cuyo oficio consistía en dar en su ceremonial su propia alma y exteriorizar su mundo de belleza.

Y Mas y Pí, a su vez, en el introito de su estudio publicado en "Nosotros" sobre la labor de Marquina, después de referirse a las otras figuras literarias españolas igualmente representativas—Rueda y Medina—añade que es un "poeta civil, conquistador de águilas y domeñador de potros".

Poeta civil o cívico o simplemente poeta, su obra como tal comprendida en "Odas", "Eglogas", "Elegías", "Vendimión", "Canciones del momento", florece de las entrañas de su raza.

A. S.

